

Primer Contacto

Murray Leinster

Tommy Dort penetró en la cámara del comandante con el último par de estereofotos que acababa de hacer y dijo:

–He terminado, señor. Estas son las dos últimas fotos que pude tomar.

Se las tendió al comandante y miró con interés profesional las visipantallas que mostraban el espacio exterior que rodeaba a la nave. Unas luces tenues, de un rojo oscuro, indicaban los controles e instrumentos, tales como el ordenador de guardia necesario para la navegación de la nave espacial *Llanvabon*, en la que estaban viajando. Había un hondo y cómodo sillón almohadillado ante los controles. Había también un pequeño dispositivo formado por espejos extrañamente esquinados – descendiente remoto de los espejos retrovisores que los motoristas del siglo XX – que permitía ver de una sola ojeada todas las visipantallas a la vez sin necesidad de volver la cabeza. Y también había las enormes pantallas que proporcionaban una visión mucho más agradable y directa de la vista del espacio.

El *Llanvabon* se encontraba a una gran distancia de su lugar de origen. En las pantallas se observaban todas y cada una de las estrellas visibles a simple vista por su magnitud, y además se podía ampliar la visión a voluntad y casi sin límites. Esas estrellas mostraban todas las gradaciones imaginables de brillo y los desconcertantes y diversos colores que tenían en cuanto se las veía fuera de la atmósfera. Pero todas ellas eran desconocidas. Sólo dos constelaciones se podían reconocer como se las veía desde la Tierra, pero encogidas y distorsionadas. La Vía Láctea parecía vagamente fuera de lugar. Pero incluso esas rarezas eran de poca importancia comparadas con la vista en las pantallas delanteras.

Delante se extendía una amplia nebulosidad. Una niebla luminosa. Daba la sensación de una total inmovilidad. Se necesitaba mucho tiempo para apreciar en las pantallas vivas un acercamiento, a pesar que el indicador de velocidad de la nave espacial mostraba una velocidad increíble. La niebla era la llamada Nebulosa del Cangrejo, de seis años luz de diámetro por un grosor de tres años y medio luz, con prolongaciones que, vistas desde los telescopios de la Tierra, le prestaban cierta semejanza con el animal que le había dado nombre. Era una nube de gas, infinitamente tenue, que estaba a mitad de distancia del sol a su más próxima estrella solar. En lo más profundo de ella ardían dos estrellas o una estrella doble; una era del color amarillo familiar propio del Sol de la Tierra, y la otra de una curiosa coloración blanca.

Meditativo, Tommy Dort dijo:

–¿Estamos enfilando una profundidad, señor?

El comandante había estudiado las dos últimas placas que había tomado Tommy y las colocó a un lado. De nuevo volvía a sentir la sensación de inquietud que le producía la contemplación de las visipantallas que tenía delante. El *Llanvabon* estaba desacelerando a toda marcha. Estaba escasamente a medio año luz de la nebulosa. El trabajo de Tommy había servido para orientar el curso de la nave hasta el momento, pero ahora estaba ya terminado. Durante toda la estancia de la nave exploradora en la nebulosa, Tommy y Dort podía holgazanear. Sin embargo, su trabajo hasta entonces había valido con creces el viaje.

Acababa de completar una única, primera y total relación fotográfica del movimiento de una nebulosa durante un periodo de cuatro mil años, tomada por el mismo individuo con el mismo aparato y con exposiciones de control para detectar y registrar cualquier error de sistema. Era, en sí mismo, un logro que justificaba de sobras el viaje desde la Tierra. Pero además también había registrado cuatro mil años de historia de una estrella doble, y cuatro mil años de historia de una estrella en su degeneración hasta convertirse en una enana blanca.

No es que Tommy Dort tuviera cuatro mil años, porque en este momento se encontraba entre los veinte y los treinta años. Pero la nebulosa Cangrejo está a cuatro mil años luz de la Tierra, y las dos últimas fotos habían sido tomadas a una luz que no llegaría a la Tierra hasta el sexto milenio después de Cristo. En el viaje espacial –a velocidades que eran increíbles múltiplos de la velocidad de la luz– Tommy Dort había registrado cada aspecto de la nebulosa a la luz que la había abandonado desde hacía cuarenta siglos hasta seis meses atrás.

El *Llanvabon* avanzaba a través del espacio. Lenta, lentamente, la increíble luminosidad se asomaba a las pantallas de visión. Borraba de la vista la mitad del universo. Delante de la incandescente niebla, y detrás, se veía un vacío tachonado de estrellas. La niebla borraba la visión de las tres cuartas partes de las estrellas. Algunas, las más brillantes, titilaban pálidas a través de los extremos de la nebulosa, pero sólo unas pocas. Luego, por la popa, sólo se veía un trozo irregular de negrura, en el que las estrellas brillaban inmóviles. El *Llanvabon* se sumergió en la nebulosa, y parecía que se hubiera introducido en un túnel de oscuridad de paredes resplandecientes de niebla.

Qué era exactamente lo que estaba haciendo la nave espacial. Las fotografías que habían captado las mayores distancias habían revelado una estructura distintiva en la nebulosa. No era amorfa, tenía forma. A medida que el *Llanvabon* se iba acercando a esos indicios de estructura, éstos se iban haciendo más precisos, y Tommy Dort había rogado que la nave siguiera el camino de un acercamiento en curva para poder fotografiarlos. Por eso la nave espacial se había acercado a la nebulosa siguiendo una amplia curva logarítmica, y Tommy había podido tomar sucesivas fotografías desde ángulos ligeramente distintos y conseguir estereopares que mostraban la nebulosa en tres dimensiones, los cuales revelaron unos salientes redondeados y unas hendiduras que daban lugar a una forma compleja. En algunos sitios la nebulosa mostraba unas circunvoluciones como las de un cerebro humano. En una de estas hendiduras era por donde en este momento se estaba sumergiendo la nave espacial. Se las había llamado “profundidades” por su analogía con las hendiduras del suelo marino. Y prometían ser muy útiles.

El comandante descansó. Una de las funciones de un comandante, hoy día, es buscar los asuntos que planteen problemas y luego preocuparse en resolverlos. El comandante del *Llanvabon* era escrupuloso. Sólo si un cierto instrumento demostraba no estar registrando nada se relajaba en su sillón.

–Había sólo alguna posibilidad –dijo lentamente de que estas profundidades fueran un gas no luminoso. Pero son vacíos, por lo tanto nos será posible una superaceleración mientras estemos en ellos.

Desde el borde de la nebulosa a la cercanía de la doble estrella, que era como su corazón o centro, había un año y medio luz. Y ese era el problema. Una nebulosa es un gas, pero tan tenue, que la cola de un cometa parece sólida en comparación. Y una nave marchando a velocidad superacelerada –por encima de la velocidad de la luz– no debe entrar en contacto ni siquiera con un vacío demasiado duro. Necesita un vacío total, como el que existe entre las estrellas. Pero el *Llanvabon* no podía hacer gran cosa en esa extensión de nebulosa si tenía que limitarse a la velocidad que le permitía un vacío duro. La luminosidad parecía cerrarse tras la nave espacial, que iba bajando y bajando el nivel de velocidad. La superaceleración terminó con el repentino zumbido que invade a la persona cuando ésta se abandona.

Entonces casi instantáneamente, comenzaron a sonar señales y alarmas estridentes por toda la nave. Tommy Dort estaba casi ensordecido por el sonido del timbre de alarma que sonaba en la habitación del comandante antes de que el oficial responsable de la navegación lo desconectara con un gesto de la mano. Pero otros timbres se oían por todo el resto de la nave, aunque se iban desconectando a medida que las puertas se iban cerrando automáticamente una por una.

Tommy Dort clavó su mirada en el comandante, mientras éste cerraba con fuerza los puños. De un salto se puso en pie para observar por encima del hombro del oficial responsable. Uno de los indicadores se movía convulsivamente. Otros trabajaban al máximo para registrar todo lo que iban

encontrando. Sobre una pantalla combada se veía una mancha entre la difusa e iluminada neblina, que se hizo más brillante al ser enfocada por el scanner o foco automático de exploración. Estaba en la dirección del objeto que había hecho saltar la alarma de colisión. Por el aparato de localización – que informaba que había un objeto sólido a unos ciento cincuenta mil kilómetros– percibían un objeto que no era de gran tamaño, pero también se observaba que había otro objeto cuya distancia variaba desde el límite extremo al cero, y cuyo tamaño convertía esta variación en un imposible avance y retroceso.

–¡Alzad el scanner! –gritó el comandante.

El haz de luz del foco superpotente del scanner se dirigió hacia adelante abandonando la imagen no identificada que quedó atrás. Se multiplicó el grado del amplificador, pero no aparecía nada, absolutamente nada. Y, no obstante, el rayo localizador insistía en que algo monstruoso e invisible se lanzaba locamente hacia el *Llanvabon* a velocidades que implicaban una colisión inevitable, y luego se retiraba a la misma velocidad.

El amplificador de la pantalla se puso al máximo. Pero nada. El comandante apretaba los dientes. Tommy Dort dijo meditativamente:

–¿Sabe señor?, yo vi algo parecido a esto, una vez, en una nave del recorrido Tierra-Marte, cuando estábamos siendo localizados por otra nave. Su rayo localizador tenía la misma frecuencia que el nuestro, y cada vez que daba con nosotros los aparatos localizaban algo como monstruoso y sólido.

–Esto –dijo el comandante lentamente– es justamente lo que está sucediendo ahora. Hay como un rayo localizador sobre nosotros. Estamos recibiendo ese rayo y además nuestro propio eco. ¡Pero la otra nave es invisible! ¿Quién puede estar ahí fuera en una nave invisible con aparatos localizadores? Hombres no, esto es seguro.

Apretó el interruptor de comunicación que llevaba en la manga y ordenó:

–¡Puestos de acción! ¡Hombres a todas las armas! ¡Situación de extrema alerta en todos los departamentos, inmediatamente!

Sus manos se abrían y cerraban. Volvió a mirar a la pantalla que no mostraba más que un resplandor sin forma.

–Hombres ¿no? –Tommy Dort se puso tenso–. ¿Quiere decir...?

–¿Cuántos sistemas solares hay en nuestra galaxia? –preguntó con amargura el comandante–; ¿cuántos planetas puede haber aptos para la vida?; ¿y cuántas clases de vida? Si ésta no es de la Tierra –y no lo es– tiene una tripulación que no es humana. ¡Y seres que no son humanos pero que están al nivel de viajar en profundidad por el espacio según su civilización, pueden significar cualquier cosa!

Las manos del comandante temblaban. No hubiera hablado con tanta franqueza a un miembro de su tripulación, pero Tommy Dort pertenecía al equipo de observación. E incluso un comandante, cuyas obligaciones incluían las preocupaciones, necesitan, a veces, desesperadamente, poder compartir sus angustias. A veces, también, el pensar en voz alta, ayuda.

–Se ha estado especulando sobre algo así durante años –dijo con voz queda–.

Matemáticamente, las apuestas eran favorables a que en algún lugar de nuestra galaxia debía haber otra raza con una civilización igual o más avanzada que la nuestra. Nadie podía adivinar dónde o cuándo los encontraríamos. ¡Pero parece que ahora ha sucedido!

Los ojos de Tommy brillaban.

–¿Supone usted, señor, que vendrán en plan amistoso?

El comandante observó el indicador de distancia. El objeto fantasma seguía en sus locos e inexistentes vaivenes hacia el *Llanvabon*. La indicación secundaria de un objeto a ciento cincuenta mil kilómetros daba señales débiles.

–Se está moviendo –dijo lacónicamente–. Viene hacia nosotros. Exactamente lo mismo que haríamos nosotros si una nave desconocida apareciera en nuestro espacio propio. ¿Amistosamente?

¡Quizá! Vamos a intentar ponernos en contacto con ellos. No tenemos más remedio. Pero sospecho que esto es el fin de esta expedición. Gracias a Dios que tenemos los Blaiters.

Blaiters es un anglicismo que describe a los aparatos cuyos rayos, de devastadora destrucción, se usan para aniquilar meteoritos que se encuentran en el camino de una nave espacial, cuando no se consigue desviarlos por otros medios. Estos aparatos no están destinados para la guerra, pero pueden servir eficazmente para tal fin.

Pueden entrar en acción a ocho mil kilómetros y poner en funcionamiento la potencialidad total de la nave. Con banco automático y una transversal de cinco grados, una nave como el *Llanvabon* casi es capaz de perforar un pequeño asteroide que se ponga en su camino. Pero no en superaceleración, por supuesto.

Tommy Dort se había acercado a la pantalla arqueada.

—¿Los blaiters, señor?, ¿para qué?

El comandante *hizo* una mueca en dirección a la pantalla —Porque no sabemos cómo son, y no podemos aventurarnos! ¡Ya sé! —añadió con amargura—. Vamos a tratar de ponernos en contacto con ellos y procuraremos averiguar todo lo que podamos. Sobre todo, de dónde vienen. Supongo que intentaremos hacernos amigos, pero no tenemos demasiadas posibilidades. No podemos fiarnos de ellos lo más mínimo. ¡No podemos atrevernos! Tienen localizadores y quizá también rastreadores mejores que los nuestros. Puede que sean capaces de rastrear nuestro camino a casa sin que lo notemos. No podemos correr el albur de enseñar a seres que no son humanos dónde está la Tierra, si *no* confiamos totalmente en ellos. Y, ¿cómo podemos hacerlo? Podrían venir a comerciar, por supuesto —o podrían venir sobre nosotros precipitándose con una flota de batalla en superaceleración que podría aniquilarnos antes de que supiéramos qué había ocurrido. No sabríamos qué es lo que nos podría pasar, ni cuándo.

La cara de Tommy expresó alarma.

—Todo ha sido trillado una y otra vez en teoría, claro —dijo *el* comandante— y nadie ha sido capaz nunca de encontrar una buena solución, ni siquiera sobre el papel. Pero lo curioso es que a nadie, después de tanto teorizar, a nadie se le ocurrió la loca idea y casi imposible de un encuentro en el espacio, sin que ni los unos ni los otros sepamos de dónde vienen los desconocidos. ¡Pero tendremos que averiguarlo! ¿Qué vamos a hacer con ellos? Quizá estas criaturas sean maravillosas estéticamente, agradables, amistosas y educadas —y por debajo escondan la brutal ferocidad de un cocodrilo—. O quizá sean toscos y ásperos como un granjero e igualmente honestos en su interior. Quizá sean algo intermedio. Pero puedo yo poner en peligro el posible futuro de la raza humana, dando por bueno que tenemos que confiar en ellos? ¡Dios sabe bien que valdría la pena hacer amistad con una nueva civilización! Sería estimulante para la nuestra y quizá ganaríamos mucho con ello. Pero no puedo correr riesgos. ¡Lo que no voy a permitir es que sepan encontrar dónde está la Tierra! ¡O bien me aseguro que no pueden seguirnos o no volvemos a casa! ¡Y ellos probablemente estarán pensando en lo mismo!

Apretó de nuevo el comunicador de la manga.

—Oficiales de navegación, ¡atención! Todos los mapas astrales que haya en la nave tienen que estar preparados para la destrucción instantánea. Incluyendo fotografías y diagramas de los que se pudiera deducir nuestro punto de partida. Quiero todos los datos recogidos y preparados para ser destruidos instantáneamente. ¡Háganlo inmediatamente y avisen cuando hayan concluido!

Soltó el botón. Había envejecido de repente. El primer contacto de la humanidad con una raza extraña era una situación que se había previsto de muchas maneras, pero ninguna tan desesperanzadora como ésta en cuanto al modo de hallar una solución. Una nave solitaria de la Tierra y otra solitaria de quién sabe dónde encontrándose en una nebulosa que debía estar muy lejos del punto de partida de ambas. Quizá quieran la paz, pero la línea de conducta que mejor prepara para un ataque por sorpresa es parecer amistoso. Sin una absoluta, prudencia se podría provocar el fin de la raza humana, y, sin embargo, un pacífico intercambio de los respectivos frutos de la

civilización podría ser el mayor beneficio imaginable. Cualquier equivocación podría ser irreparable, pero cualquier fallo en la prudencia sería fatal.

La cámara del comandante estaba silenciosa. La pantalla arqueada estaba llena con la imagen de una pequeña sección nebulosa. Una parte muy pequeña. Todo era difuso, sin forma, sólo una niebla luminosa. Pero, de repente, Tommy Dort señaló; – ¡Allí, señor!

Había una pequeña forma en medio de la neblina. Estaba muy lejos. Era de color negro sin pulir, no como el brillante casco del *Llanvabon*. Parecía un bulbo, aproximadamente de la forma de una pera. Entre ambas naves había mucha, aunque velada, luminosidad, por lo que no podían observarse los detalles. Pero se podía afirmar con toda seguridad que no era un objeto natural. Entonces Tommy observó el indicador de distancias y dijo en voz baja:

–Se está acercando a nosotros a gran velocidad, señor. La ventaja es que ellos están pensando lo mismo que nosotros, señor, que ninguno de nosotros permitirá al otro que se vaya. ¿Cree que intentarán ponerse en contacto con nosotros, o nos soltarán una andanada con su armamento en cuanto nos tengan a tiro?

El *Llanvabon* ya no se encontraba en una de las hendiduras vacías de la tenue sustancia de la nebulosa; nadaba en plena luminosidad. No había más estrellas que las del centro nebuloso. No había más que una luz que lo envolvía todo, y curiosamente se parecía a la que nos imaginamos bajo las aguas de los trópicos terrestres.

La nave desconocida dio una señal de no llevar tan malas intenciones. Cuando se acercó al *Llanvabon* desaceleró. El *Llanvabon* había avanzado hacia un encuentro y luego se había parado en seco. Su movimiento había sido un signo de reconocimiento de la cercanía de la otra nave. Su parada era una señal amistosa y además un modo de precaverse contra un ataque. Relativamente poco quieta, podía balancearse sobre su propio eje y presentar el menor objetivo ante la posibilidad de un ataque. Además tendría mayor tiempo para hacer fuego que si las dos naves, sumando ambas velocidades pasaban una ante la otra en direcciones contrarias.

Pero el momento en que se acercaron una a la otra fue de una tensión indescriptible. La afilada proa del *Llanvabon* apuntaba resueltamente al cuerpo de la otra nave. Un transmisor llevó a la cámara del comandante la llave con la que podía disparar los blaiters. Tommy Dort observaba con el ceño fruncido. Los desconocidos debían pertenecer a una civilización muy desarrollada si tenían naves espaciales, y la civilización no se desarrolla sin desarrollar al mismo tiempo la previsión. Esos extraños tienen que comprender todas las implicaciones de este primer contacto entre dos especies civilizadas tan completamente como los humanos del *Llanvabon*.

La posibilidad de un enorme resurgimiento en el desarrollo de ambas partes, por medio del contacto pacífico y el intercambio de sus diferencias tecnológicas, resultaría un pensamiento estimulante para ellos tanto como para los hombres. Pero cuando las culturas humanas desiguales entran en contacto, una tiene que subordinarse a la otra o hay guerra. Y la subordinación entre razas que provienen de distintos planetas no tiene una solución pacífica. Los hombres, por lo menos, no consentirían nunca una subordinación, como tampoco era probable que una civilización altamente desarrollada la aceptara. Los beneficios que se pudieran derivar del comercio nunca podrían suplir suficientemente una condición de inferioridad. Algunas razas –la humana, quizá– preferirían el comercio a la conquista. Quizá –quizá– esos desconocidos también lo prefirieran. Pero algunos tipos, incluso entre los humanos, hubieran anhelado la guerra. Si la nave desconocida, que ahora se acercaba al *Llanvabon*, volvía a su lugar de origen con noticias de la existencia de la raza humana y de naves como el *Llanvabon*, les daría a los de su especie el poder escoger entre el comercio o la guerra. Podían desear el comercio, o desear la guerra. Pero se necesitan dos para comerciar, y sólo uno para hacer la guerra. No podían estar seguros de las intenciones pacíficas de los hombres, ni éstos confiar en las intenciones de los otros. La única solución para ambas civilizaciones era la destrucción de una de las dos naves, aquí y ahora.

Pero incluso la victoria no sería realmente suficiente. Los hombres necesitarían saber dónde podrían encontrar esa nueva raza, para evitarla o para la guerra. Deberían averiguar sus armas y sus recursos, y si constituían una amenaza y cómo podían eliminarla en caso de necesidad. Y los desconocidos tendrían los mismos sentimientos y necesidades con respecto a la humanidad.

El comandante del *Llanvabon* no apretó el botón que podría haber hecho estallar la otra nave. No se atrevió. Pero tampoco se atrevía a no atacar. Tenía la frente sudorosa.

Un altavoz murmuraba algo. Alguien estaba hablando en la cámara de clasificación.

—¡La otra nave se ha parado, señor. Totalmente estacionada. Los blaiters la están apuntando, señor.

Era una incitación a la orden de fuego. El comandante movió la cabeza, hablando consigo mismo. La nave desconocida estaba a una distancia de no más de veinte millas. Era totalmente negra. Cada parte de su negro exterior era de un negro abismal, antirreflectante. No se distinguían detalles excepto las variaciones de su silueta que se recortaba sobre la nebulosa.

—Ha parado del todo, señor —dijo otra voz—. Han enviado una onda corta modulada hacia nosotros. Frecuencia modulada. Aparentemente una señal, sin fuerza suficiente para hacer daño.

El comandante dijo con los labios entreabiertos y las mandíbulas cerradas por la tensión:

—Están haciendo algo ahora. Hay un movimiento fuera de su casco. Vigilen lo que están sacando. Dirijan los blaiters auxiliares hacia eso.

Algo pequeño y redondo salió suavemente fuera de la silueta oval de la negra nave. El casco bulboso se movió.

—Se están moviendo, señor —dijo el que hablaba—. El objeto que han dejado es estacionario, está donde lo pusieron.

Otra voz interrumpió:

—Más sonidos en frecuencia modulada, señor, son ininteligibles.

Los ojos de Tommy Dort se iluminaron. El comandante vigilaba la pantalla con la frente perlada de sudor.

—Bastante bien, señor —dijo Tommy, meditabundo—. Si envían algo hacia nosotros, puede parecer un proyectil o una bomba. Así es que se acercaron, soltaron un bote salvavidas y se alejaron. Suponen que podemos enviar un hombre o un bote para ponernos en contacto sin riesgos para nuestra nave. Tienen que pensar de una manera muy parecida a nosotros.

El comandante, sin apartar los ojos de la pantalla, dijo:

—Señor Dort, ¿le importaría salir y ver qué es aquello? No se lo puedo ordenar, pero necesito a toda mi tripulación para una emergencia. El equipo de observación...

—Es sacrificable. Muy bien, señor —dijo Tommy, decididamente—. No voy a coger un bote, señor, sólo un traje con impulsores. Es menor, y los brazos y las piernas no se parecen a una bomba. Creo que debería llevarme un scanner como foco explorador, señor.

La nave desconocida seguía apartándose. Cien, doscientos, seiscientos kilómetros, era una buena señal. Mientras se embutía en el traje espacial, justo en la compuerta de aire del *Llanvabon*, Tommy oía a través de los altavoces las últimas noticias. Que la nave se hubiera retirado seiscientos kilómetros era una buena señal. Quizás es que sus armas no alcanzaban mayor distancia y así se sentían más seguros. Pero no había terminado de pensar en ello cuando ya la negra nave se retiraba precipitadamente más lejos. Mientras Tommy emergía al exterior por la compuerta, reflexionaba sobre el nuevo movimiento. Quizá era porque los desconocidos habían pensado que así se traicionaban, o quizá querían dar esa impresión.

De un empujón se apartó de la mole plateada y brillante que era el *Llanvabon*, en medio de un brillante y luminoso vacío, por primera vez en la historia de la humanidad. Tras él, el *Llanvabon* se movió en arco y se retiró. La voz del comandante llegó a Tommy a través de los audífonos del casco.

—Nosotros también nos estamos retirando, señor Dort. Hay una posibilidad de que tengan algún explosivo de reacción atómica que no puedan usar desde su propia nave, pero que pueda ser

destrutivo incluso a esta distancia. Nos vamos a retirar. Mantenga el rayo del scanner sobre el objeto.

El razonamiento era lógico, aunque no demasiado reconfortante. Un explosivo capaz de destruir cualquier cosa en un radio de treinta kilómetros, era teóricamente posible, pero los humanos todavía no lo poseían. Era decididamente más seguro que el *Llanvabon* se situase más lejos.

Pero Tommy Dort se sintió muy solitario. Se dirigía por el vacío hacia un pequeño punto negro que flotaba en medio de una increíble claridad. El *Llanvabon* desapareció. El pulido casco emergía rodeado de la radiante niebla a una distancia relativamente corta. La nave desconocida tampoco era visible a simple vista. Tommy nadaba en el vacío a cuatro mil años luz de casa, hacia un minúsculo punto negro, que era el único punto sólido a la vista en todo el espacio.

Era una esfera ligeramente deformada, de un tamaño aproximado de dos metros de diámetro. Se apartó flotando cuando Tommy se posó sobre ella con los pies. Tenía una especie de tentáculos pequeños o cuernos proyectándose en todas direcciones. Se parecía mucho a los detonadores de una mina submarina, pero en la punta de cada uno de ellos había un destello de cristal.

–Ya he llegado –dijo Tommy a través del fono de su casco. Se agarró a uno de los tentáculos para aproximarse al objeto. Era todo de metal. Totalmente negro. Los guantes espaciales no le permitían sentir con el tacto, pero lo estuvo tocando por todas partes intentando averiguar para qué servía.

–Misterio insuperable, señor –dijo–, no tengo nada que añadir que el scanner no le haya mostrado ya.

Entonces, a través del traje espacial, sintió vibraciones, que se traducían en sonidos estridentes. Una sección del casco redondo del objeto se abrió. Dio la vuelta para poder observar por dentro y ver a los primeros seres no humanos civilizados que ningún hombre había visto antes.

Pero lo que vio fue sencillamente una pantalla llana en la que se movían pálidos destellos rojos al parecer sin ningún objeto. Los fonos de su casco emitieron una exclamación desconcertada a la que siguió la voz del comandante:

–Muy bien, señor Dort. Fije su scanner para que enfoque la pantalla. Han lanzado al espacio un robot con una pantalla de infrarrojos para comunicarse. No han hecho arriesgarse a nadie. Cualquier cosa que hagamos sólo estropeará la maquinaria. Quizá esperan que nosotros lo traigamos a bordo –y puede llevar una bomba cargada que pueda ser detonada cuando estén preparados para volver a casa. Voy a enviar una pantalla para colocarla enfrente a uno de sus scanners. Usted vuelva a la nave.

–Sí, señor –dijo Tommy–, pero, ¿dónde está la nave?

No había estrellas, la nebulosa las obscurecía con su luz. La única cosa visible desde el robot era la estrella doble en el centro de la nebulosa. Tommy estaba desorientado. Sólo tenía un punto de referencia.

–Láncese en línea recta desde la doble estrella en la posición en que se encuentra – llegó la orden por el fono de su casco–. Nosotros le recogeremos.

Al poco tiempo se cruzó con otra figura solitaria que iba en dirección al robot, con una pantalla para colocarla allí. Las dos naves espaciales, conscientes cada una de ellas de que no debían arriesgar la supervivencia de su propia raza por un mínimo fallo de precaución, se iban a comunicar entre ellas por medio de ese pequeño y redondo robot. Sus sistemas separados de visión harían posible el intercambio de información que se atrevieran a dar, mientras discutían la manera de asegurarse de que su propia civilización no se ponía en peligro por este primer contacto con la otra. Realmente el método más rápido sería la destrucción de la otra nave por medio de un rápido y brutal ataque en defensa propia.

Después de todo lo que había sucedido, el *Llanvabon* era una nave en la que se llevaban a cabo dos empresas diferentes. Habían salido de la Tierra para observar de cerca el componente más pequeño de la estrella doble en el centro de la nebulosa. Esta nebulosa fue el resultado de la explosión más gigantesca de la que el hombre tiene noticia. Tuvo lugar durante el año 2946 antes de Cristo, antes de que las siete ciudades de la largamente desaparecida Troya hubieran sido ni siquiera imaginadas. La luz de esa explosión llegó a la Tierra en el año 1054 después de Cristo, y fue debidamente anotada en los anales eclesiásticos, y de manera más científica por los astrónomos de la corte china. Fue lo suficientemente grande como para ser vista a la luz del día, durante veintitrés días sucesivos. Su luz, y eso que tuvo lugar a una distancia de cuatro mil años-luz, era más brillante que la de Venus.

De este hecho, los astrónomos dedujeron 900 años más tarde la violencia de la explosión. La materia catapultada por la violencia de la explosión voló a una velocidad de 3.700.000 kilómetros por minuto; algo más de 62.000 kilómetros por segundo. Cuando los telescopios del siglo xx enfocaron la escena de esta tremenda explosión sólo quedaba una estrella doble y la nebulosa. La estrella más brillante de las dos era casi única por la extrema temperatura de su superficie, tanto, que no mostraba líneas espectrales en su superficie, tenía un espectro continuo. La temperatura de la superficie solar es de 7.000 grados absolutos y la de la ardiente estrella blanca era de 500.000, Tiene casi la masa del sol, pero sólo un quinto de su diámetro, por lo que su densidad es 173 veces la del agua, 70 veces la del plomo y ocho veces la del iridio, la sustancia más pesada conocida en la Tierra. Pero, aun así, esta densidad no es la de una estrella enana blanca como la compañera de Sirio. La estrella blanca de la nebulosa del Cangrejo es una enana incompleta, es una estrella que está todavía en el momento de su colapso. El examen que incluye la vigilancia de su columna de luz, de cuatro mil años-luz, valía la pena. El *Llanvabon* había venido a hacer este examen. Pero el encuentro con otra nave desconocida, que probablemente destinaba su viaje al mismo fin, tenía implicaciones que relegaban a un segundo término el propósito original de la expedición.

Un pequeño robot bulboso flotaba en el tenue gas de la nebulosa. La sección normal de operaciones de la tripulación del *Llanvabon* estaba en sus puestos en estado de alerta, que los tenía con los nervios en tensión constante. El grupo de observadores se dividió en dos; uno de ellos, de bastante mala gana, se dedicó a hacer las observaciones para las que la nave había hecho el viaje. El otro grupo se aplicó en ayudar a resolver el problema que la aparición de la otra nave había creado.

Representaban a una cultura que había conseguido llegar al espacio y viajar a escala interestelar. La explosión de hacía unos cinco mil años tuvo que terminar con cualquier rastro de vida en la zona que ahora ocupaba la nebulosa. Por eso los desconocidos de la negra nave espacial debían venir de otro sistema solar. Su viaje, como el de la nave terrestre tenía que haber sido dispuesto con fines exclusivamente científicos. No había nada que extraer de la nebulosa.

Tenían que estar por lo tanto, y como mínimo, al nivel de la civilización humana, lo que significaba que tenían o podían desarrollar artes y productos para comerciar que podían interesar a los humanos en un plano de relaciones amistosas. Pero también se darían cuenta de que la existencia y civilización de los humanos eran una amenaza potencial para su propia raza. Las dos razas podían ser amigas, pero también mortalmente enemigas. Cada una de ellas, sin quererlo, era una monstruosa amenaza para la otra. Y lo único que se puede hacer con algo que amenaza es destruirlo.

En la nebulosa de Cangrejo, el problema era grave e inmediato. El futuro de las relaciones entre las dos razas debía ser establecido aquí y ahora. Si se podía dar comienzo a un proceso amistoso, una raza, de otra manera condenada, sobreviviría, y las dos se beneficiarían enormemente. Pero ese proceso debía ser establecido y debía comenzarse a poner las bases de confianza imprescindibles, sin dejar de vigilar, para evitar el menor riesgo posible de traición. Debía establecerse la confianza sobre un fundamento de imprescindible sospecha, ninguna de las dos

partes se atrevía a volver a casa, si la otra podía dañar a su raza. La única solución segura para las dos era destruir a la otra parte o ser destruida.

Pero incluso para la guerra, se necesitaba algo más que la simple destrucción de la otra parte. Con tráfico interestelar, los desconocidos tenían que poseer el poder atómico y alguna forma de superaceleración para viajar a mayor velocidad que la luz. Además de localizadores de radio, pantallas y comunicación por onda corta tenían muchos otros aparatos. ¿Qué armas poseían? ¿Cómo y por dónde estaba extendida su cultura? ¿Qué recursos propios tenían? ¿Podría haber un desarrollo comercial y amistoso, o eran las dos razas tan diferentes que sólo podía haber entre ellas guerra? Si la paz era posible, ¿cómo se podía empezar?

Los hombres del *Llanvabon* necesitaban hechos, y lo mismo podía decirse de la tripulación de la otra nave. Tenían que volver con el máximo posible de información, y la más importante sería la localización de la otra civilización por si estallaba la guerra. Esa mínima parte de información podía ser el factor decisivo en una conflagración interestelar Pero también otros aspectos serían enormemente valiosos.

Lo trágico del asunto es que no podía haber información que llevara a la paz. Ninguna de las dos naves podía poner en peligro la existencia de la propia raza sólo por la convicción, la buena fe o el honor de la parte contraria.

Así es que había una extraña tregua entre las dos naves, Los desconocidos seguían con su trabajo de observación, igual que lo hacían en el *Llanvabon*, Ese pequeño robot flotaba en el iluminado vacío. Un scanner del *Llanvabon* estaba enfocado sobre una pantalla de visión de los desconocidos. Un scanner de los desconocidos observaba una pantalla del *Llanvabon*. Y comenzó la comunicación. Y progresó con rapidez.

Tommy Dort fue uno de los que antes comenzaron a progresar en el campo de la información. Su trabajo especializado a bordo había terminado, y ahora había sido designado para trabajar en el problema de la comunicación con los extraterrestres. Fue con el psicólogo de la nave a la cámara del comandante para informar sobre los primeros éxitos. La cámara, como de costumbre, era un lugar silencioso lleno de luces de un rojo apagado, que correspondían a los indicadores, y las grandes y claras pantallas en todas las paredes y en el techo.

–Hemos establecido una comunicación bastante satisfactoria, señor –dijo el psicólogo. Parecía cansado. Su trabajo durante la travesía era el de medir los factores de error en la observación por parte de la tripulación, y también reducirlo al mínimo posible o al absoluto. Había sido presionado para prestar este servicio, para el que en realidad no era adecuado. Y se notaba en su aspecto–. Es decir, podemos decirles cuanto deseemos y entender lo que nos contesten. Pero, por supuesto, no sabemos cuánto hay de verdad en lo que dicen Los ojos del comandante se volvieron hacia Tommy Dort.

–Hemos conectado una maquinaria –dijo Tommy– que en resumen es un traductor mecánico. Tenemos pantallas, por supuesto, y también rayos directos de onda corta. Ellos usan frecuencia modulada además de lo que probablemente son variaciones en la forma de las ondas, como los sonidos de nuestras consonantes y vocales en la conversación. Nunca habíamos tenido que hacer uso de nada parecido, por eso nuestras bobinas no sirven, pero hemos desarrollado una especie de clave que no es el lenguaje de ninguno de los dos grupos. Ellos envían hasta nosotros sonidos de onda corta y frecuencia modulada, y nosotros los recopilamos como sonidos. Cuando lo devolvemos, está reconvertido en frecuencia modulada.

El comandante preguntó, ceñudo:

–¿Por qué la clase de ondas cambia a onda corta?; ¿cómo lo sabe?

–Nosotros les mostramos nuestro recopilador en la pantalla y ellos nos enseñaron el suyo.

Ellos registran directamente en frecuencia modulada, creo –dijo Tommy, prudentemente–. No usan sonido en absoluto, ni siquiera en conversación. Han organizado una habitación para la comunicación y les hemos observado al comunicarse con nosotros. No hacían ningún movimiento

perceptible con algo que corresponda al órgano para hablar. En lugar de un micrófono, ellos se colocan sencillamente ante algo que actúa como una antena de recepción. He creído adivinar, señor, que usan microondas para lo que llamaríamos conversación de persona a persona. Creo que formulan series de onda corta como nosotros sonidos.

El comandante se quedó mirándolo:

—¿Esto significa que tienen telepatía?

—Pues... creo que sí, señor —dijo Tommy—. Significa además que nosotros también tenemos telepatía para ellos. Son sordos, casi seguro... y ciertamente no parecen tener la menor idea sobre el uso de sonidos al aire para comunicarse. Sencillamente, ellos no usan los sonidos para nada.

El comandante guardó la información.

—¿Y qué más?

—Bueno, señor —dijo Tommy, dudoso—, creo que hemos llegado a un acuerdo sobre símbolos arbitrarios para designar objetos por medio de las pantallas y hemos conseguido relacionar verbos, etc., con diagramas y dibujos. Tenemos unas dos mil palabras que tienen significados mutuos. Preparamos un ordenador para escoger sus grupos de onda corta y los pasamos a la máquina descifradora. Luego, la sección de cifra de la máquina escoge lo que hemos recogido y prepara grupos de ondas que deseamos enviarles. Cuando esté usted preparado para hablar con el comandante de la otra nave, señor, nosotros lo tendremos todo listo.

—¿Cuál es su impresión sobre su psicología? —le preguntó el comandante al psicólogo.

—No sé, señor —contestó el psicólogo atosigado—, parecen absolutamente sinceros y directos. Pero no se les ha escapado el menor atisbo de tensión, que nosotros sabemos que sufren. Actúan como si sencillamente estuvieran organizando el medio de comunicarse amistosamente. Pero hay... bueno... un tono armónico...

El psicólogo era muy eficiente en psicometría, que es un campo muy interesante y útil, pero no estaba preparado para analizar un modo completamente distinto de pensamiento.

—Sí me permite decirle, señor... —intervino Tommy, incómodo.

—¿Qué?

—Son hermanos de oxígeno —dijo Tommy—, y tampoco son muy diferentes de nosotros en otros aspectos. Me parece que ha existido una evolución paralela. Quizá la inteligencia se desarrolla en líneas paralelas, como... Bueno... como las funciones básicas del cuerpo. Quiero decir... —añadió concienzudamente—, cualquier ser vivo de cualquier clase tiene que alimentarse, metabolizar y defecar. Quizá cualquier cerebro inteligente tiene que percibir, apereibir y encontrar una reacción personal. Estoy seguro de haber detectado ironía, y eso implica sentido del humor. En suma, señor, pienso que podrían resultar agradables.

El comandante se puso en pie.

—Bueno... —dijo el comandante sumido en profunda meditación—, veremos qué es lo que tienen que decir.

Se dirigió a la cámara de comunicación. El scanner para la pantalla del robot estaba preparada. El comandante se colocó frente a ella. Tommy Dort se sentó ante la máquina codificadora y comenzó a teclear en los botones. Surgieron ruidos altamente inverosímiles que fueron recogidos por un micrófono, y dirigieron la frecuencia modulada de una señal a través del espacio a la otra nave. Casi al instante, la pantalla de visión que con un transmisor —en el robot— mostraba el interior de la otra nave, se iluminó; un extraterrestre se situó ante el scanner y pareció observar con curiosidad hacia afuera de la pantalla. Era extraordinariamente parecido a un hombre, pero no era humano. La impresión que producía era de una extrema calvicie y en cierto modo de sentido del humor y de franqueza.

—Desearía decir —empezó el comandante como escogiendo las palabras— algo apropiado sobre este primer encuentro entre dos razas distintas de seres civilizados, y expresar mi esperanza de que el resultado sea un amistoso intercambio para ambos pueblos.

Tommy Dort titubeó. Luego, encogiéndose de hombros siguió tecleando expertamente en el codificador. Nuevos sonidos inverosímiles.

El comandante extra terrestre pareció comprender el mensaje. Hizo algún gesto torcido como de asentimiento. La descifradora del *Llanvabon* se puso a funcionar y comenzaron a aparecer palabras en el cuadro de mensajes. Tommy dijo con imparcialidad:

–Dice, señor: «Todo eso está muy bien, pero, ¿hay algún medio para que cada uno de nosotros pueda volver a casa con vida? Me sentiría feliz si pudiera ser así, si pudiera usted arbitrarlo de algún modo. Por el momento, parece que no queda más remedio que la muerte para uno de los dos grupos».

El ambiente fue de confusión. Había demasiadas preguntas que había que contestar a la vez, pero nadie podía contestar a ninguna de ellas, y sin embargo todas debían ser contestadas.

El *Llanvabon* podía comenzar su retorno. La nave extraterrestre quizá pudiera o no multiplicar la velocidad de la luz una unidad más que la de la Tierra. Si pudiera, el *Llanvabon* les descubriría el lugar donde se encontraba la Tierra y luego tendría que luchar. Y podía ganar... o no. Incluso si ganaba los extraterrestres podían tener indicios de comunicación con los que enviar datos precisos a su propio planeta antes de comenzar la batalla. Pero el *Llanvabon* también podía perderla y, si era así, era mejor ser destruidos aquí, sin dar ningún indicio de dónde se encontraban los seres humanos y dónde podía encontrarlos una flota de naves de guerra a punto y con los datos precisos.

En la nave negra el dilema era el mismo. También podía volver a casa, pero si el *Llanvabon* era más rápido y podía encontrar el camino para superacelerar y adelantarse... Tampoco los extraterrestres sabían si el *Llanvabon* podía conectar con su base sin necesidad de moverse del sitio donde estaba. Si los extraterrestres tenían que morir, también preferían ser destruidos allí, para no enseñar el camino de su civilización a unos posibles enemigos.

Por eso ninguna de las dos naves podía moverse. El camino del *Llanvabon* por la nebulosa podía ser detectado por la nave negra, pero había seguido el recorrido de una curva logarítmica, y no era probable que los extraterrestres lo supieran. No podían adivinar de qué dirección había llegado la nave terrestre. Por el momento las dos naves estaban en iguales circunstancias. Pero el problema seguía en pie: «¿Y ahora qué?».

No había una respuesta específica. Los extraterrestres daban información a cambio de información, y a veces no se daban cuenta de lo que podía deducirse de ella. Los humanos hacían lo mismo, y Tommy Dort sudaba sangre en su ansiedad de no traicionarse con la información sobre dónde se encontraba la Tierra.

Los extraterrestres veían por medio de luz infrarroja, y las visipantallas y los scanners en el robot de intercomunicación tenían que adaptar sus respectivas imágenes un octavo más arriba o más abajo, cada uno, para que las imágenes fueran visibles en ambas direcciones. A los extraterrestres no se les ocurrió que la clase de visión que poseían delataba que su sol era una enana roja, de luz en descenso pero de mayor energía situada justo por debajo del espectro visible para los ojos humanos. Pero después de este descubrimiento por parte de los ocupantes del *Llanvabon*, éstos pensaron que los extraterrestres también habían deducido el tipo espectral del Sol por la luz a que estaban adaptados los ojos de los humanos.

Había un artilugio para grabar y recoger series de onda corta que los extraterrestres usaban ocasionalmente como los humanos hacen con las grabaciones de sonido; a los terrestres les interesaba enormemente el artefacto y a los extraterrestres les fascinaba el sonido. Eran capaces de percibir los ruidos, por supuesto, justamente como la palma de un hombre expuesta a los rayos infrarrojos nota el calor que éstos producen, pero eran incapaces de notar el tono de un sonido igual que el hombre no podría distinguir la diferencia entre dos frecuencias de radiación de calor, incluso con diferencias de un octavo de distancia. Para ellos la ciencia humana del sonido constituía un descubrimiento extraordinario. Encontrarían maneras de hacer uso de los sonidos que los humanos no hubieran imaginado nunca... si seguían vivos.

Pero esa era otra cuestión. Ninguna de las dos naves podía partir sin antes haber destruido a la otra. Pero mientras el intercambio de información tenía lugar, ninguna de las dos naves podía permitirse el lujo de destrozar, a la otra. Había también el asunto de la coloración exterior de las dos naves. El *Llanvabon* era exteriormente plateado y brillante, mientras que la nave desconocida era de un negro absoluto a la brillante luz que la rodeaba. Absorbía el calor a la perfección y probablemente era capaz de radiarlo hacia afuera igualmente. Pero no lo hacía. La negra superficie no era un cuerpo negro ni una ausencia de color. Era un perfecto reflector de ciertos rayos infrarrojos mientras que simultáneamente producía fluorescencia en esas mismas bandas de ondas. En la práctica, absorbía las frecuencias más altas de calor, las convertía en una frecuencia más baja que no radiaba, y permanecía a la temperatura deseada incluso en el vacío.

Tommy Dort seguía trabajando en el asunto de las comunicaciones. Encontró que el proceso de pensamiento de los desconocidos no era tan diferente como para no poderlo seguir. La discusión técnica alcanzó ya el asunto de la navegación interestelar. Se necesitaba un mapa para ilustrar el proceso. No hubiera sido lógico usar un mapa de la cámara cartográfica porque por medio de uno de esos mapas se podía colegir desde dónde había sido trazado. Tommy mandó hacer un mapa expresamente, con estrellas imaginarias pero convincentes. Tradujo instrucciones sobre su uso por medio del codificador y decodificador. A cambio, los desconocidos presentaron uno de sus mapas ante la pantalla de visión. Copiado al instante por fotografías, los oficiales de la nave estuvieron estudiándolo para averiguar desde qué parte de la galaxia se podían ver las estrellas y la Vía Láctea en la forma que las presentaba el mapa. Pero no pudieron encontrarlo.

Fue Tommy quien se dio cuenta de que los extraños habían hecho un mapa especial y que era una copia al revés del que ellos mismos habían presentado.

Tommy sonrió ante el detalle. Le empezaron a caer simpáticos los extraterrestres. No eran humanos, pero tenían un sentido muy humano del humor. Al cabo de un tiempo, Tommy hizo un ensayo con un chiste muy sencillo. Tenía que ser traducido a guarismos codificados, luego había que convertir éstos en grupos casi indescifrables de onda corta, a impulsos de frecuencia modulada, y eso enviarlo a la otra nave y a Dios sabía qué aparatos para convertirlos en algo inteligible. Un chiste que tenía que pasar por todas esas formulaciones probablemente acabaría sin ninguna gracia. Pero los desconocidos lo captaron.

Había uno de ellos para quien el asunto de la comunicación se había convertido en una función tan normal como lo era para Tommy el manejo de los codificadores. Los dos comenzaron una amistad que parecía de locos, conversando a través del codificador, descifrador y las secuencias de onda corta. Cuando los tecnicismos de los mensajes oficiales se convertían en farragosos, aquel desconocido intercalaba cosas no técnicas, parecidas a lo que podríamos llamar lenguaje coloquial. A menudo procuraba allanar las dificultades. Tommy, sin ningún motivo en especial, había inventado y codificado para su amigo desconocido el nombre de Buck, y el otro lo aceptó y firmaba con él sus mensajes.

Durante la tercera semana de comunicación, la máquina descifradora presentó de pronto a Tommy un mensaje en la pantalla de recepción:

«Eres un buen chico. Es una lástima que tengamos que matarnos el uno al otro. Buck».

Tommy había estado pensando prácticamente en lo mismo. Y envió su desolada contestación:

«No encontramos la manera de evitarlo. ¿Y vosotros?» Tras una pausa la pantalla receptora volvió a llenarse. «Si pudiéramos creer los unos en los otros, si a nuestro comandante le gustaría. Pero nosotros no podemos confiar en vosotros ni vosotros en nosotros. Os seguiríamos a vuestra base si pudiéramos, y vosotros haríais lo mismo. Pero lo sentirnos mucho. Buck.»

Tommy llevó aquellos mensajes al comandante.

–Mire esto, señor –le dijo con ansiedad–. Esta gente son casi humanos y son individuos agradables.

El comandante estaba ocupado en su importante función de buscar asuntos en los que preocuparse, y preocupándose de ellos. Dijo cansadamente; –Respiran oxígeno. Su aire contiene un veintiocho por ciento de oxígeno en lugar de un veinte, pero se las podrían arreglar muy bien en la Tierra. Podría ser una conquista altamente deseable para ellos. Y nosotros todavía no sabemos las armas que tienen o que pueden desarrollar. ¿Les diría usted dónde pueden encontrar la Tierra?

–No –dijo Tommy sintiéndose desgraciado.

–Ellos probablemente sienten como nosotros –dijo el comandante secamente– y si por fin conseguimos trabar amistad, ¿cuánto tiempo duraría? Si su armamento fuera inferior al nuestro, pensarían que tendrían que perfeccionarlo por su propia seguridad. Y nosotros, sabiendo que estaban pensando en rebelarse les destruiríamos mientras pudiésemos, ¡por nuestra propia seguridad! Si todo fuera al revés, serían ellos los que nos destruirían antes de que pudiésemos alcanzar su nivel.

Tommy escuchaba silencioso pero se movía intranquilo.

–Si destrozamos esta nave negra y volvemos a casa –dijo el comandante–, el gobierno de la Tierra se molestará, si no sabemos decir de dónde había venido. Pero, ¿qué podemos hacer? Tendremos más suerte de la que espero si podemos volver con lo que sabemos. ¡Es imposible sacarles a esas criaturas más información propia de la que nosotros les demos, y nosotros decididamente no les vamos a dar nuestra dirección!, ¡nos hemos encontrado por casualidad! Quizá si aniquilamos a esa nave, no habrá otro encuentro en miles de años. ¡Y es una pena, porque el comercio podría significar tanto! Pero necesitamos dos para que haya paz, y no podemos arriesgarnos y confiar en ellos. La única salida es matarlos si podemos, y si no podemos, procurar que cuando nos maten no encuentren nada que los guíe hacia la Tierra. No me gusta –añadió el comandante, cansadamente–, pero sencillamente no hay otra salida.

En el *Llanvabon* los técnicos trabajaban frenéticamente divididos en dos grupos. Uno preparándolo todo para la victoria, y el otro para la derrota. Los que trabajaban para la victoria poco podían hacer. Los grandes blaiters eran las únicas armas con las que podían contar. Estaban variando cautelosamente su montaje para que no apuntaran sólo hacia adelante con sólo cinco grados de cambio de posición. Controles electrónicos que obedecían a un localizador central por radio los tendrían a punto para tirar contra un objetivo definido con absoluta precisión aunque éste maniobrara y se moviera. Aun más, un genio del cuarto de máquinas, que hasta el momento no había sido descubierto, inventó un sistema de acumulación de potencia en reserva mediante el cual la potencia normal de las máquinas de la nave se podía acumular momentáneamente y soltarla luego en oleadas de energía con una potencia muy superior a la normal. En teoría el campo cubierto por los blaiters debía haberse multiplicado y su poder destructivo también. Pero aparte de esto, había mucho más que hacer.

El grupo que trabajaba para la derrota tenía mucho más que hacer. Cartas astronómicas, instrumentos de navegación que pudieran dar alguna pista, la recopilación fotográfica que Tommy Dort había llevado a cabo durante los seis meses de viaje desde la Tierra, y cualquier otra anotación que pudiera orientar sobre la posición de la Tierra, fueron preparados para su destrucción. Fueron colocados en archivos sellados y si cualquiera de ellos hubiera sido abierto por alguien que no supiera exactamente el complicado proceso de apertura, el contenido de todos los archivos se hubiera convertido en ceniza en cuestión de segundos, sin la menor posibilidad de restauración. Por supuesto, si el *Llanvabon* salía victorioso, un cuidadoso método no indicado permitiría volver a abrirlos con toda seguridad sin lugar a destrozos.

Se colocaron bombas atómicas por todo el casco de la nave. Si la tripulación fuese aniquilada sin la completa destrucción de la nave, el *Llanvabon* estallaría si fuera remolcado hasta llegar a la otra nave. No tenían hechas las bombas, pero había pequeñas unidades de poder atómico a bordo. No fue difícil disponer de ellas para que, unidas a la maquinaria, al ponerla en marcha hicieran explosión. Y cuatro hombres de la tripulación estaban siempre en guardia con el traje espacial puesto y los cascos cerrados, para poder luchar si la nave era perforada por varios sitios al mismo tiempo en caso de un ataque inesperado.

Pero un ataque así no tendría lugar a traición. El comandante extraterrestre había hablado con franqueza. Su forma de decirlo había sido la de quien admite la inutilidad de la mentira. El comandante del *Llanvabon* admitió, a su vez, la virtud de la franqueza. Cada uno de ellos había insistido –quizá de veras– que deseaba la amistad de las dos razas. Pero ninguno podía confiarse y no hacer todos los esfuerzos concebibles para descubrir lo que más desesperadamente trataba de ocultar... la localización de su propio planeta. Y ninguno de los dos se atrevía a creer que el Otro no le seguiría para encontrarlo. Porque cada uno de ellos consideraba que era su deber hacerse al otro, ninguno de ellos podía arriesgar la existencia de su raza al confiar en el otro. Tenían que luchar porque no les quedaba otro camino.

Podían izar la bandera de batalla por medio de alguna información anterior. Pero había un límite a la información pacífica. No se podía hablar ni de armamento, población o recursos, ni siquiera de la distancia que separaba sus bases de la galaxia del Cangrejo. Intercambiaban información, por supuesto, pero sabían que seguiría una guerra a muerte, y cada uno trataba de presentar a su civilización lo suficientemente potente como para desanimar al contrario a conquistar, y de esta manera aumentaba la apariencia de amenaza entre unos y otros, y la batalla se hacía cada vez más inevitable.

Era curioso, no obstante, observar con qué precisión los cerebros de ambos grupos podían encajar. Tommy Dort, sudando junto a las máquinas cifradoras y descifradoras, encontró una ecuación personal emergiendo de las líneas de palabras que iban llegando. Había visto a los desconocidos en la pantalla de visión y sólo a una luz que por lo menos era de un octavo más baja, de lo que estaba acostumbrado. Ellos, por su parte, le veían muy mal por una iluminación transpuesta de lo que para ellos sería el extremo del ultravioleta. Pero sus cerebros funcionaban igual, increíblemente igual Tommy sentía una simpatía auténtica e incluso algo parecido a la amistad por aquellas extrañas criaturas calvas, que respiraban por branquias y que tenían una ironía seca pero real, por aquellos habitantes de la negra nave espacial.

A causa de ese parentesco mental preparó –aunque sin esperanzas– una especie de tablero que contenía todos los aspectos del problema y se lo enseñó. No creía que los desconocidos tuvieran el menor instinto de destrucción con respecto al hombre. De hecho, el estudio de las comunicaciones provenientes de los desconocidos había producido en el *Llanvabon* un sentimiento de tolerancia básicamente parecido al que suele existir entre los soldados enemigos en las guerras de la Tierra. Los hombres no sentían enemistad, y probablemente los desconocidos tampoco, pero tenían que matar o morir por razones de lógica estrictamente.

La tabla de Tommy era específica. Hacía una lista de los objetivos que los hombres tenían que procurar conseguir, por orden de importancia. El primero era el de llevar de vuelta la noticia de la existencia de una nueva cultura. El segundo era la localización de esta cultura en la galaxia. El tercero era traer la mayor cantidad de información sobre esta cultura distinta. Sobre el tercero se podía trabajar, pero el segundo era probablemente imposible. El primero –y los demás– dependían del resultado de la lucha que debía tener lugar.

Los objetivos de los contrarios debían ser exactamente los mismos, por lo que los hombres debían impedir primero, la noticia de la existencia de la Tierra, descubrimiento del planeta, y la adquisición por parte de los desconocidos de información que les llevara o animara a atacar a la

Humanidad. Y como los humanos, la información estaba en marcha, y para lo demás debían esperar al resultado de la batalla.

No había otro camino posible para evitar la desagradable necesidad de destruir la nave negra. Los extraños tampoco encontrarían solución al problema de la destrucción del *Llanvabon*. Pero Tommy Dort, observando con preocupación su tabla, se dio cuenta de que incluso una completa victoria no sería la solución perfecta. El ideal sería que el *Llanvabon* se llevase de vuelta la nave enemiga para estudiarla a fondo, nada menos que eso cubriría por completo los objetivos del tercer punto. Pero Tommy comprendió que odiaba una victoria tan completa incluso si se podía llevar a cabo. Odiaba la idea de matar a seres aunque no fueran humanos que comprendían como los hombres preparaban una flota de naves de guerra para destruir una cultura diferente porque su existencia les resultaba peligrosa. El mismo accidente de este encuentro, entre gentes que podían congeniar, había creado una situación que sólo podía resultar en una destrucción total.

Tommy Dort buscaba y buscaba en su cerebro una respuesta y no encontraba nada que lo pudiera solucionar. Sin embargo, ¡tenía que haber una respuesta! ¡La jugada era demasiado grande! Era absurdo que dos naves espaciales tuvieran que luchar – siendo que ninguna de ellas estaba destinada a la lucha en principio– para que los supervivientes pudiera volver con las noticias que pondrían a todo el mundo en frenéticos preparativos de guerra contra otro mundo desprevenido, Si ambos mundos pudieran ser prevenidos, en cambio, y cada uno de ellos estuviera convencido que el otro no quería luchar, y si pudiera haber comunicación entre ellos pero sin localizarse mutuamente hasta haber conseguido fundamentar un principio de confianza mutua.

Era imposible, quimérico, un sueño, una tontería... pero una estupidez tan atractiva que Tommy Dort lo pasó al codificador para dirigirlo a su amigo branquial y calvo Buck, que se encontraba en aquel momento a unos ciento sesenta mil kilómetros de distancia en la luminosa bruma de la nebulosa.

–Sí –decía Buck en su contestación–, es un sueño demasiado hermoso. Y me gusta como eres, pero a pesar de ello no puedo creerte. Si yo hubiera dicho esto primero, también a ti te gustaría pero no me creerías. Yo te digo la verdad más de lo que tú crees y quizá tú me la dices a mí más de lo que yo creo. Pero no hay modo de saberlo. Lo siento.

Tommy se quedó pensativo mirando el mensaje. Sintió un terrible sentido de responsabilidad. Todo el mundo lo sentía en el *Llanvabon*. Si fallaban en este encuentro, la raza humana tendría muchas posibilidades de ser destruida en un futuro próximo. Si tenían éxito, serían los desconocidos los que afrontarían el riesgo de la destrucción. Millones, quizá billones de vidas dependían de los actos de unos pocos seres.

De pronto, Tommy Dort vislumbró la respuesta.

Sería asombrosamente sencillo si salía bien. En el peor de los casos podría dar una victoria parcial a la humanidad y al *Llanvabon*. Estaba sentado muy quieto, sin atreverse a mover un dedo, por no correr el riesgo de romper la cadena de pensamiento que siguió a la primera y aún no definida idea. Pensó en ello una y otra vez con excitación encontrando objeciones aquí y resolviéndolas allá. ¡Era la respuesta!, ¡estaba seguro! Se encontraba casi mareado por la sensación de alivio y de alegría, mientras se dirigía a la cámara del comandante y pedía permiso para hablar.

La función de un comandante es buscar problemas para resolver. Pero el del *Llanvabon* no tenía por qué buscar. En las tres semanas y cuatro días pasados desde el primer encuentro con la negra nave desconocida, la cara del comandante se había arrugado y había envejecido. No sólo tenía al *Llanvabon* para preocuparse, tenía a toda la humanidad.

–Señor –dijo Tommy con la boca seca por la excitación– puedo ofrecer un método de ataque contra la nave negra. Lo llevaré a cabo yo mismo, señor, y, si falla, nuestra nave no perderá nada.

El comandante le miraba sin verle.

–Toda la táctica ya está estudiada y a punto, señor Dort–dijo con cansancio el comandante–, es un juego terrible, pero hay que jugarlo.

–Creo –repuso Tommy con cuidado– que he encontrado el modo para no tener que jugarlo. Suponga, señor, que enviamos un mensaje a la otra nave ofreciendo...

Su voz siguió hablando en el absoluto silencio de la cabina del comandante, con las pantallas mostrando una amplia neblina y dos estrellas en su centro brillando fulgurantes.

El comandante salió con Tommy por la compuerta exterior. En primer lugar, la acción que Tommy había sugerido necesitaba ser respaldada por él, y en segundo lugar porque él había sufrido más que nadie en el *Llanvabon* y ya no podía más. Si iba con Tommy, haría lo que tendría que hacer él mismo, y si fallaba sería el primero en morir, y las órdenes necesarias para volver la nave a la Tierra ya estaban en la máquina de control y confiadas al oficial de guardia. Si desgraciadamente Tommy Dort o el comandante eran asesinados o morían, solamente bastaría pulsar un botón y se desataría el más furioso ataque contra la nave desconocida, que terminaría con la destrucción de una de las dos naves... o con las dos. Por lo tanto, el comandante no estaba desertando de su puesto.

La compuerta exterior se abrió sobre el resplandeciente vacío que era la nebulosa. A unos treinta kilómetros el pequeño robot se balanceaba en el espacio, rodeando en una increíble órbita a los dos soles centrales, y flotando cada vez más cerca de ellos. Nunca llegaría a ellos, por supuesto. La estrella blanca sola era tanto más ardiente que el sol de la Tierra que el efecto de su calor produciría la temperatura de la Tierra sobre un objeto que estuviera cinco veces más lejos de lo que está el Sol de Neptuno. Incluso si se acercase tanto como Plutón, la temperatura del robot sería incandescente. Y nunca podría aproximarse a los ciento cincuenta millones de kilómetros que es la distancia que separa a la Tierra del Sol. Si lo consiguiera, el metal que lo componía se derretiría y herviría hasta convertirse en vapor. Pero, a medio año luz, el objeto bulboso se balanceaba en el vacío.

Las dos figuras vestidas con trajes espaciales flotaban apartándose del *Llanvabon*. Los pequeños reactores atómicos que los convertían en diminutas naves espaciales habían sido sutilmente alterados, pero el cambio no había interferido en su funcionamiento. Se dirigían al robot de comunicación. El comandante decía gruñendo en el espacio:

–Señor Dort, toda una vida deseando aventuras. Pero ésta es la primera vez que me siento justificado al correrla.

Su voz llegaba hasta Tommy por medio de los receptores espaciales que llevaba. Éste le contestó con la voz seca:

–A mí no me parece una aventura, señor; tengo un ansia terrible de que este plan tenga éxito. Creo que es aventura cuando no importa el final.

–¡Oh, no! –dijo el comandante–. Aventura es cuando uno se juega la vida en la escala de probabilidades y espera a que se pare la bola de la suerte.

Llegaron al objeto redondo y se agarraron a los cuernos con punta de cristal que surgían de él.

–Inteligentes, estas criaturas –dijo el comandante lentamente–; tienen que estar deseando desesperadamente ver más de nuestra nave que la cámara de comunicaciones, para que hayan aceptado este intercambio de visitas antes de la lucha.

–Si, señor –dijo Tommy. Pero para sus adentros pensó que su amigo branquial querría conocerle en carne y hueso antes de que uno de ellos, o los dos, murieran. Y le hizo el efecto de que entre las dos naves había surgido una extraña tradición de cortesía, como la de los antiguos caballeros antes de empezar una guerra, cuando se admiraban mutuamente con sinceridad y luego atacaban con todas las fuerzas de que eran capaces y con todas las armas de que disponían.

Allí esperaron.

Al poco tiempo, otras dos figuras surgieron de la niebla. Los trajes espaciales de los extraterrestres también eran autopropulsados, y la estatura de aquellos seres era algo más baja que

la de los humanos. Las aberturas de sus cascos estaban recubiertas de una materia filtrante para los rayos visibles y los ultravioletas que para ellos hubieran sido mortales. La materia filtrante no permitía ver más que las siluetas de las cabezas dentro de los cascos.

El fono del interior del casco de Tommy dijo, desde la cámara de comunicaciones del *Llanvabon*:

–Dicen que su nave les está esperando, señor. La escotilla exterior estará abierta.

La voz del comandante dijo pesadamente:

–Señor Dort, ¿había visto usted antes sus trajes espaciales? Si es así, ¿está usted seguro de que no llevan nada anormal en ellos, como bombas?

–Sí, señor –contestó Tommy–, nos hemos enseñado mutuamente por las pantallas nuestros trajes espaciales. No llevan nada anormal a la vista, señor.

El comandante hizo un gesto a los dos desconocidos, y él y Tommy se dirigieron a la negra nave. No veían claramente la nave con los ojos al descubierto, pero desde la cámara de comunicaciones les iban guiando.

De pronto la nave negra estaba ante ellos. Era enorme, tan larga como el *Llanvabon* y bastante más ancha. La escotilla exterior estaba abierta. Los dos hombres, embutidos en sus trajes espaciales, se metieron por ella y se pusieron de pie gracias a sus botas de suela magnética. La escotilla exterior se cerró. Sintieron una corriente de aire y simultáneamente el afilado tirón de la gravedad artificial. Entonces se abrió la puerta interior.

Todo era obscuridad. Tommy encendió la luz de su casco al mismo tiempo que el comandante. Ya que los extraterrestres veían mediante infrarrojos, la luz blanca les hubiera resultado intolerable. Por eso las luces de los cascos de los dos hombres eran de un rojo oscuro que usaban comúnmente para iluminar las luces de mando de los instrumentos, precisamente para no deslumbrarse y poder detectar la más mínima mancha que apareciera en las pantallas de visión. Había extraterrestres esperando para recibirles. Pestañeaban a la luz de los cascos de los dos hombres. El fono espacial del casco de Tommy decía:

–Dicen, señor, que su comandante nos está esperando.

Tommy y el comandante se encontraban en un largo corredor de suelo blanco y suave. Las luces de sus cascos iluminaban detalles, todos ellos exóticos.

–Creo que me voy a quitar el casco, señor –dijo Tommy.

Así lo hizo y el aire era bueno. Analizado, se componía de un treinta por ciento de oxígeno, en lugar del veinte por ciento de la Tierra, pero la presión era menor. Se estaba justo bien. La gravedad artificial era menor que la que se mantenía en el *Llanvabon*. El planeta de los desconocidos debía ser menor que la Tierra, y por los datos proporcionados por los infrarrojos, daba vueltas cerca de un sol casi muerto, de color rojo oscuro. Los extraterrestres habían encendido parte de su equipo de iluminación como un acto de cortesía. La luz probablemente hería sus oídos pero era un gesto de consideración que hizo que Tommy sintiera más ansia que nunca por llevar a buen término su plan.

El comandante desconocido les miraba de frente con lo que a Tommy le pareció un gesto torcido pero con humorística desaprobación. Los fonos de los cascos decían:

–Dice, señor, que le recibe con agrado, pero que sólo ha sido capaz de pensar en un camino para resolver el problema creado por el encuentro de estas dos naves.

–Si se refiere a la lucha –dijo el comandante–, dígame que estoy aquí para ofrecerle otra alternativa.

El comandante del *Llanvabon* y el de la otra nave estaban frente a frente, pero su comunicación era fantásticamente indirecta. Su conversación tenía lugar a base de microondas y una aproximación a la telepatía. Pero no podían oír en el más amplio sentido de la palabra, por lo que la conversación del comandante y de Tommy se acercaba más a la telepatía en cuanto a ellos se refería. Cuando el comandante habló, su fono espacial envió sus palabras al *Llanvabon*, donde pasaron por el aparato codificador y se mandaron a la nave negra en su equivalente en onda corla. El

comandante extraterrestre contestó y su réplica fue enviada al *Llanvabon*, desde donde fue retransmitida por el fono espacial según iban apareciendo sus palabras en la pantalla receptora. Era un sistema pesado, pero funcionaba.

El bajo y enjuto comandante extraterrestre hizo una pausa. Los fonos de los cascos transmitieron la traducción de sus palabras silenciosas.

–Dice que está ansiando oírlo, señor.

El comandante se quitó el casco y metió sus manos en el cinturón en posición beligerante.

–Mire usted –dijo truculentamente a la calva extraña criatura que tenía frente a sí a la luz rojiza de las lámparas extraterrestres–. Parece que tendremos que pelear y uno de nuestros grupos tendrá que morir. Estamos preparados para ello si es necesario. Si usted gana lo hemos arreglado todo de manera que nunca encontrarán dónde está la Tierra, y de todos modos hay bastantes posibilidades de que ganemos nosotros. Y si ganamos y volvemos a casa, nuestro gobierno organizará una flota y comenzará a buscar su planeta. Y si lo encontramos estaremos preparados para destrozarles y enviarles al infierno. Si ganan ustedes nos pasará lo mismo a nosotros. ¡Y todo esto es una locura! Hemos estado aquí un mes, hemos intercambiado información y no nos odiamos unos a otros. No tenemos motivo para luchar entre nosotros excepto el de proteger a nuestras respectivas razas.

El comandante se interrumpió para respirar, gruñendo. Tommy puso también con aspecto inconsciente sus manos en la cintura de su traje espacial. Esperaba, deseando ardientemente que la cosa diera buen resultado.

Los fonos del casco dijeron:

–Dice, señor, que todo lo que le está contando usted es verdad, pero que su raza tiene que ser protegida, lo mismo que piensa usted de la suya propia.

–Naturalmente –repuso el comandante, enfadado–. ¡Pero lo sensato es buscar el medio de protegerlas! Jugarse el futuro de ellas en una lucha no es de sentido común. Nuestras razas tienen que ser advertidas de nuestra común existencia. Eso es cierto. Pero cada una debería tener prueba de que la otra no quiere la guerra, sino la amistad. Y no deberíamos intentar encontrarnos, pero tendríamos que comunicarnos entre nosotros para buscar motivos de confianza comunes. Si nuestros gobiernos quieren hacer el imbécil, ¡dejémosles! Pero tendríamos que darles la oportunidad de ser amigos en lugar de empezar una guerra espacial sólo por miedo los unos de los otros.

Brevemente el fono espacial dijo:

–Dice que la dificultad estriba en llegar a confiar ahora los unos en los otros. Con la posibilidad de poner en juego su raza, no puede ser imprudente, y tampoco puede usted darles a ellos una ventaja.

–Pero mi raza –gritó el comandante mirando penetrantemente al comandante extraterrestre–, mi raza tiene una ventaja. Vinimos aquí, a su nave, con trajes espaciales de propulsión atómica. Antes de marchar alteramos su funcionamiento, y podemos hacer explotar diez libras de energía cada uno, aquí mismo, en esta nave, o también puede ser activado por control remoto desde nuestra nave. En otras palabras, si no acepta usted mi proposición para un estudio de este asunto con sentido común, Dort y yo estallaremos en una explosión atómica y su nave quedará averiada o destruida... y el *Llanvabon* les atacará con toda la fuerza que posee dos segundos después de nuestra explosión.

La cámara del comandante de la nave desconocida era una extraña escena, con su iluminación rojo oscuro y los extraños calvos extraterrestres respirando con sus branquias mientras vigilaban al comandante humano y esperaban la traducción de sus palabras que ellos no podían oír. Pero una repentina tensión apareció en el ambiente. Un agudo y salvaje sentido de tensión. El comandante desconocido hizo un gesto y los fonos de los cascos comenzaron a zumbar de nuevo.

–Pregunta, señor, cuál es su proposición.

—¡Cambiar de naves! —gritó el comandante—. ¡Permutar la una por la otra y volver a casa! Podemos disponer nuestros instrumentos para que sea imposible que nos sigan, y ustedes pueden hacer lo mismo con los suyos. Cada uno de nosotros se deshará de mapas y archivos. Cada uno de nosotros desmantelará las armas. El aire servirá. Y nosotros nos meteremos en su nave y ustedes en la nuestra y ninguno de nosotros podrá engañar y seguir al otro, y cada uno podrá volver a casa con más información de la que podríamos recoger de otra manera. Podemos establecer en esta misma nebulosa del Cangrejo un lugar de encuentro para cuando la doble estrella haya hecho otro circuito, y si nuestra gente quiere volver para encontrarse lo pueden hacer, y si tienen miedo, ¡pues que no vengan! ¡Esta es mi proposición! Y la acepta, o Dort y yo estallamos en su nave y el *Llanvabon* destruye lo que quede.

Miraba con intensidad mientras esperaba que tradujeran sus palabras y éstas llegaran a las pequeñas y secas figuras que le rodeaban. Supo cuando llegaron porque la tensión cambió. Las figuras se movieron. Hacían gestos. Uno de ellos se movía convulsivamente. Se tiró al blando y suave suelo y daba patadas. Otros se apoyaron en las paredes y se sacudían.

La voz en el casco de Tommy Dort había sido estrictamente breve y profesional hasta ese momento, pero ahora sonaba con profundo desconcierto.

—Dice, señor, que es un buen chiste. Porque los dos miembros que él envió a nuestra nave y que se cruzaron con nosotros en su camino, también llevaban sus trajes llenos de explosivos atómicos, que pensaba hacernos la misma proposición y la misma amenaza. Por supuesto, acepta, señor. Nuestra nave vale para él más que la suya propia, y ésta, a su vez, para usted es más valiosa que el *Llanvabon*. Parece, señor, que es un trato.

Entonces Tommy comprendió qué eran los movimientos convulsivos de los extraños. Eran carcajadas.

No fue tan sencillo como lo expuso el comandante. En la práctica fue bastante más complicado. Durante tres días las tripulaciones de las dos naves estuvieron juntas. Los extraños aprendiendo el manejo del *Llanvabon* y los humanos el de la negra nave. Y además había gente de guardia en ambas naves para hacerlas saltar por los aires en caso de necesidad. Pero éste no se presentó. Y fue indudablemente un acierto que dos expediciones volvieran a dos civilizaciones, según el trato hecho, que el haber vuelto sólo una.

No obstante, hubo algunos problemas. Discusiones sobre el traslado de archivos. En la mayoría de los casos, las disputas terminaron destruyéndolos. También hubo problemas con los libros del *Llanvabon* y con sus equivalentes de la otra nave que tenía obras parecidas a las novelas de la Tierra. Pero esto lo consideraron valioso para el futuro conocimiento mutuo y el desarrollo de la amistad bajo el punto de vista de ciudadanos normales y sin ningún tipo de propaganda.

Pero los nervios estuvieron tensos aquellos días. Los extraterrestres inspeccionaban cuidadosamente la carga de aumentos que se iba transportando a la nave negra para el viaje de vuelta de los humanos, y los hombres se encargaron del traslado de los alimentos de los extraterrestres a su propia nave. Todo lo necesario para el viaje de vuelta. Hubo detalles sin fin, desde el cambio de iluminación de acuerdo con el tipo de vista de cada tripulación, hasta el final reconocimiento del funcionamiento de cada aparato. Un grupo mixto de cada tripulación inspeccionó y verificó la total destrucción de aparatos de seguimiento en ambas naves, para que nada hubiera quedado escondido y todas las armas desmanteladas. Fue una curiosa experiencia observar como ambas tripulaciones tomaron todas las medidas necesarias para hacer imposible que el trato fracasara.

Hubo una conferencia final, antes de que ambas naves partieran, en la cámara de comunicaciones del *Llanvabon*.

–Dígale al pequeño enano –murmuró el antiguo comandante del *Llanvabon*– que tiene una buena nave y que la trate como se merece.

La pantalla de mensajes entró en funcionamiento, y el comandante extraterrestre contestó:

–Creo que su nueva nave es tan buena como ésta. Espero encontrarle de nuevo aquí cuando la doble estrella haya dado una vuelta completa.

El último hombre abandonó el *Llanvabon*, que comenzó a moverse en la bruma de la nebulosa antes de que terminaran de entrar en la negra nave. Las pantallas de visión habían sido alteradas en la nave para uso de los ojos humanos, y los hombres observaron hasta el último momento con añoranza la silueta que se iba alejando de su nave, mientras ésta daba rodeos por la nebulosa para despistar sobre su auténtico destino. Su nueva nave tomó también un rumbo loco a una remota parte de la nebulosa. Llegó a una hendidura de vacío que llevaba hacia las estrellas y se levantó rápida en el vacío. Hubo el momento de suspenso que produce siempre la superaceleración cuando da comienzo, y entonces la negra nave se lanzó al vacío a muchas veces la velocidad de la luz.

Muchos días más tarde, el comandante vio a Tommy Dort mirando con curiosidad los extraños objetos que equivalían a nuestros libros. Era fascinante intentar descifrarlos. El comandante se sentía satisfecho. Los técnicos de la antigua tripulación del *Llanvabon* encontraban continuamente detalles interesantes en la nueva nave. Seguramente, los extraterrestres también disfrutarían con sus descubrimientos en el *Llanvabon*. Pero la negra nave valía enormemente la pena y la soledad encontrada era infinitamente más valiosa que una victoria en combate.

–Oiga, señor Dort –dijo el comandante con voz profunda–, no tiene usted equipo para hacer un nuevo archivo fotográfico durante el viaje de vuelta. Se quedó en el *Llanvabon*. Pero, afortunadamente, hemos podido conservar el que tomó usted en el viaje de ida, y personalmente daré la mejor referencia sobre la idea que tuvo y como me ayudó a llevarla a buen fin. Tengo muy buena opinión de usted, señor Dort.

–Muchas gracias, señor –contestó Tommy.

Esperó. El comandante carraspeó aclarándose la voz:

–Usted fue... el primero que se dio cuenta del parecido de nuestro proceso mental y el de los extraterrestres –observó–. ¿Qué opina sobre la posibilidad de un arreglo amistoso si acudimos a la cita en la nebulosa tal como quedamos?

–Oh, creo que todo irá bien, señor –dijo Tommy–. Creo que hemos empezado bien nuestra amistad. Después de todo, como ellos ven por infrarrojos, los planetas que les pueden apetecer, a nosotros no nos interesan. No hay razón para que no nos llevemos bien. Tenemos casi la misma psicología.

–Bueno... pero,, ¿qué es exactamente lo que quiere usted decir con eso? –preguntó el comandante.

–Pues que son como nosotros, señor –contestó Tommy–, a pesar de que respiran por medio de branquias y ven por ondas de calor, y su sangre tiene una base de cobre en lugar de hierro, y algún otro pequeño detalle como esos. Pero, por lo demás, somos iguales. En su tripulación sólo había hombres, pero también tienen dos sexos como nosotros, y familias y... sentido del humor... En fin...

Tommy dudaba.

–Siga, señor Dort –dijo el comandante.

–Bueno, había uno al que yo llamaba Buck, porque no tenía ningún nombre que se pudiera traducir en sonidos –dijo Tommy–. Nos llevábamos muy bien. Podría muy bien llamarle amigo, señor, estuvimos juntos un par de horas antes de que las dos naves se separaran, y ni él ni yo teníamos que hacer nada en particular. Y quedé convencido de que los humanos y los extraterrestres están hechos para ser buenos amigos, si se les da la menor oportunidad. Ya ve, señor, pasamos dos horas contándonos chistes verdes.